

Sanar es volver a ti

De Mary Paz



Elara habitaba en una ciudad tejida con hilos de prisa y ecos de juicios ajenos. El ruido externo era un vendaval que arrastraba sus sueños, dejándola náufraga en un mar de gris monótono. Su nombre se sentía como una palabra olvidada en un idioma que ya no sabía hablar.



"Detente", susurró una chispa de luz en el centro de su pecho. Elara comprendió que para encontrarse no debía correr más rápido, sino aprender a estar quieta. La sanación no es un mapa hacia afuera, sino un sendero que se desdobla hacia adentro, donde el silencio es el único lenguaje sagrado.



Guía: Encuentra tu altar de quietud. Elara buscó un rincón donde el tiempo no tuviera permiso para entrar. Encendió una pequeña llama y respiró el presente. Entendió que crear un espacio físico de pausa es el primer suspiro para que el alma recupere su aliento.



Sobre la mesa descansaba una caja que parecía contener galaxias: el Oráculo "Sanar es volver a ti". Al tocarla, un calor familiar recorrió sus dedos. No era una herramienta de adivinación, sino un puente de cristal hacia su propia sabiduría, una invitación a la calma profunda.



Guía: La armonía de la tierra. Elara tomó un cuarzo rosa entre sus manos. Sintió el peso frío volviéndose cálido, sintonizando su latido con el pulso mineral. El cristal actuó como un filtro, transmutando el residuo del cansancio en una frecuencia de amor propio inquebrantable.



Guía: El susurro de la guía. Con un gesto casi litúrgico, Elara escaneó el código QR del mazo. Al instante, una voz suave comenzó a guiar su respiración. La meditación barrió la bruma de su mente, regalándole una claridad mental que no sentía desde la infancia.



Elara mezcló las cuarenta y cuatro cartas, sintiendo cómo su intuición despertaba. Cada roce del papel era un eco de su propia verdad. Realizó el ritual de conexión, pidiendo al universo —o a esa parte de ella que es universo— una señal para volver a casa.



Al elegir una carta, el velo se rasgó. "Autoconocimiento", leyó. La imagen en el cartón mostraba un jardín que nacía de una herida. En ese instant, su sombra y su luz se estrecharon la mano, y Elara supo que cada grieta en su historia era, en realidad, una entrada para la luz.

Sanar no fue borrar las cicatrices, sino recordar quién era antes de que el mundo le dijera quién debía ser. Elara volvió a sí misma, y en ese reencuentro, encontró todo lo que alguna vez creyó perdido. "He vuelto", susurró, y el universo entero guardó silencio para escucharla.